

ORQUÍDEAS EN INVIERNO

Graciela Gliemmo

Aunque sea una vez por semana o cada quince días, me gusta, me hace bien comprarme una planta. Quienes visitaron alguna vez mi departamento saben que el verde avanza sin tregua y sin permiso, y se derrama contra la verja del balcón y en cada uno de los rincones de la sala, de la cocina, del escritorio e, incluso, del baño. Verde. Verdes de diferente intensidad. Más claros y amarillentos. Matizados con ocre y marrón. Manchas de color salpicadas entre el verde, donde se asoman las diferentes flores que estallan como estrellas fugaces en cada temporada. Adoro las plantas. Se suspende la lógica del mundo cuando me ocupo de mis plantas.

Ayer pasé otra vez por el vivero. No importó el frío intenso ni la gripe de la semana anterior. Y me extasié con unas orquídeas amarillas y otras grandotas, enormes, de color violáceo. Orquídeas *epifáticas* y, en especial, una *cattleya* chilena. Cara, carísima. Podría, si realmente quisiera, comprarme una, pero siento que tendría que justificarme, darme una buena razón para hacerlo. Porque sería para exhibir, para ponerla en primer plano, por delante de todas las otras cosas. Para ser vista y para disfrutarla. “Un exceso”, me digo.



Improviso frases con las que responder a los comentarios que, sin duda, escucharé; frases que broten de mi boca, ya que de plantas se trata, cuando la culpa por el derroche me invada como una enredadera.

“Me di un gusto, ¿por qué no?”

Pero para gastar tanto dinero en una orquídea no hay que tener ninguna otra necesidad.

“Bueno, como no fumo...”

Lo cual no quiere decir que no tenga otros vicios. ¿Cuáles?

“Y sí, me haría falta una mesa nueva; pero preferí comprarme una orquídea, me tenté.”

Ésa sería una posible respuesta, aunque un poco estúpida, porque una buena mesa, de madera maciza, es muchísimo más costosa.

“No, no arreglé las canillas que pierden...”

Hace meses que están así. Tal vez últimamente haya cierto desgano de mi parte, un dejarme estar.

“Bueno, el mes que viene me ocupo de las bisagras. Hay tiempo y no es imprescindible.”

Nadie más que yo escucha el sonido de la puerta del baño por la noche, antes de acostarme, o por la mañana, cuando entro para bañarme antes de desayunar y salir para la Fundación.

“¿Y para qué trabajo tanto, eh?”

Si los días transcurren todos iguales, sin pizca de diferencia.

Miradas irónicas. Cejas que se alzan. Culpa, culpa, culpa. Y una gran angustia invadiéndolo todo, subiendo desde mi panza hasta el pecho, trepando hasta maniatarme. Entonces la escena se completa con las imágenes reprobadoras de familiares y amigos y la mirada comprensiva de algunas otras personas. ¿Quiénes? No sé, algunas.

Las orquídeas no necesitan tierra para crecer y nutrirse. Se adhieren a los troncos de los árboles, a las piedras, con fuerza, por eso las venden atadas a un trocito de madera. Podría colgarla cerca del clavel del aire. Pero no, la *cattaya* se vende en maceta, preparada para crecer adentro, cerca de una fuente de luz, preferentemente una ventana.



Una ventana cerca de donde la pondría. La misma ventana desde la que puedo observar de noche, y algunas tardes, las pequeñas ventanas laterales del edificio de enfrente. Los vidrios seguramente esmerilados que, a contra luz, dejan transparentar algunos cuerpos desnudos. Hay uno en especial que echa a rodar mi imaginación, y eso ocurre cada vez que se me antoja, porque el ritual no tiene desperdicio y es a diario. Piso quinto, segunda ventana a la derecha. ¿Cuál será el número del departamento? Varios minutos de una danza infinita donde el rostro no existe. Existe sólo una mancha bien definida, un cuerpo masculino, y el momento en que las manos despacio lo recorren. Momento de éxtasis absoluto, cuando esa ventana se ilumina, y el vapor del agua y la distancia —una calle adoquinada nos separa o nos acerca— borronean la imagen.

Buena luz, temperatura cálida y considerable humedad: tres requisitos fundamentales para que la orquídea crezca. Mucha calidez, mucha humedad. Un ambiente acogedor. Mejor que no reciba sol directo, porque pueden quemarse las hojas. Y temperatura media. Lo ideal: no menos de 15° y no más de 30°. Con el frío que hace. Pero como va a estar en el comedor, no hay problema. Si bien no hay que regarla todos los días y hay que evitar que las raíces se aneguen, necesita una atmósfera húmeda. Bien húmeda. Y cálida. Muy cálida. Un trópico inventado. Una línea ecuatorial en el escenario en el que se convertirá mi casa, si decido por fin comprar esa orquídea. Para ponerla frente a la ventana y mirarla, o hacer que la miro, mientras clavo mis ojos en el quinto piso.

También brotan y trepan como plantas rastreras y parásitas miles de censuras mucho más profundas, mucho más humanas y viscerales. Argumentos mucho más altruistas van creciendo hasta florecer. Y otros, de corte existencial. Otros bien generacionales y ridículos. Me pongo el abrigo casi sin pensarlo y salgo a caminar. Como es rutina ya, ruta obligada, paso por enfrente del edificio de mis desvelos. Me cruzo con un hombre. No tiene cara de ser él. Sé, algo me dice que aún no lo he cruzado en mi camino. Sé, lo percibo, que es pura imagen cinematográfica. Absurdo insomnio. Hombre imposible.



Las orquídeas suelen tener una vida corta, aunque algunas resisten bien los cambios de lugar, los trasplantes, las variaciones climáticas. Hay que observar mucho las hojas, que tienen que ser de un verde claro. Mirar que no se pudran por rociarlas o que presenten manchas por exceso de luz. Es raro cultivar orquídeas en Buenos Aires, porque son originarias de climas tropicales y subtropicales, donde la gente anda con menos ropa, más despreocupada, y transpira mucho, se viste con colores claros, preferentemente el blanco, el color de las sábanas de los hoteles, no como nosotros, que salimos con gruesas camperas, bufanda y guantes de lana. Demasiado vestidos. Todos tapados. Escondidos debajo de tanta ropa.

Muchas provienen de América Central y de la parte más alta de Sud América. Sin embargo, las orquídeas chilenas son bellísimas. Algunas son muy salvajes, muy rústicas. La orquídea *cattaya*, mi preferida, tiene flores muy grandes, largas, duras y vistosas. Con tonos de lila claro y una mancha más oscura en el pétalo principal y un lamparón entre amarillo y naranja bien adentro, en la boca del hueco que marca el corazón de cada flor. Bien en el hueco. Adentro. Bien adentro. Y las varas de las que cuelgan son bien largas y rectas.

Estoy sola y es sábado por la tarde. Sola. Una ventana. Un cuerpo. Otro cuerpo. Mi cuerpo. El día está muy frío, nada ideal para cultivar orquídeas, pero el cielo está celeste, bien de bandera argentina, y eso me anima a andar. Cruzo la avenida Córdoba, a la altura de Scalabrini Ortiz, y montones de personas avanzan con bolsas, muchas bolsas, con ropas y zapatos y carteras y prendas interiores tan inútiles como mi orquídea. Mejor me vendría, si de superficialidades se trata, una camisa negra. Un poco transparente. Pero los pies me llevan hacia mi orquídea lila. Mi orquídea para admirar, para desear, para pensar si será o no será mía. Y pienso con estúpida resignación y luego con tristeza que, minuto a minuto, voy convirtiéndome sin freno en una mujer seria, aburrida, sosa, al borde de los cincuenta. Una mujer que mira pasar la vida. ¿No sería mucho mejor comprarme un buen conjunto de encaje? Plantas, cosa de viejas. Tela de fondo blanca y aplicaciones negras, con ondas. Con aro el sostén y bien escotado. Minúscula la parte de abajo. Ventanas por donde asomarse. Ventanas desde las que arrojar al vacío. Ventanas con rejas y sin serenatas ni mariachis.

Pero las piernas me llevan otra vez hacia mi suerte de piedra-imán ilícita, exclusiva. Y aquí estoy, parada y abstraída, como si mirara a través de una vidriera. De una ventana. Cerca y lejos. Perdiendo mi tiempo y a punto de malgastar mi dinero. Contemplo nuevamente a mi *cattaya* chilena como se contempla el símbolo de lo innecesario e imperioso a la vez. Gran contradicción. El deseo es formidable, me quiere llevar puesta, intenta acorralarme y levantarme en andas. Censuras otra vez.

—Es hermosa, ¿verdad? —me dice una señora muy mayor, que también se ha dejado llevar por mis orquídeas—. Pero imagínese, señorita, gastarse eso en una planta. ¿Y si se muere? Debe ser difícil conservar una orquídea. Acá porque está templado y ellos saben cuidarla... Las ponen para que uno se las coma con la vista, ¿vía? Y uno mira y mira y sigue mirándola, sabiendo que no es para uno. Mucho más baratos están los crisantemos y hasta se pueden llevar algunos al cementerio, y las calas, que antes crecían en todos los jardines y ahora, fíjese cómo es la vida, señorita, ahora están de moda. Y hasta las tiñen y hay azules, rosadas, amarillas... ¿Pero quién se compra una orquídea? Dígame usted: ¿quién puede comprarse una planta así? ¿Para qué?

¿Para qué? ¿Para quién? ¿Con quién?

Y a contramano de esa voz, de esas voces, de todas las frases y miradas que recibiré a lo largo de los días por venir, de mi propia contrarréplica, de la ley, de lo esperable, de lo debido, de lo que está bien y de lo que está mal, de lo que me conviene, de lo que otros desean, de todo lo que miro y no es mío, de aquello por lo que me derrito y me babeo, de lo que quisiera alcanzar con un simple gesto y no alcanzo, de la gran distancia que me separa de esa ventana cálida y húmeda, de ese cuerpo que imagino joven, cansada de mirar pasar las cosas, estiro mi mano y elijo la más viva, la más erguida, la más firme, la más dura, la más seductora, la más impactante, aquella que cualquier mujer joven desearía tener en su casa, cerca, bien cerca, sin piedad y sin descanso. Elijo la que más me hipnotiza, la mejor, una que sea para mí, toda para mí, solamente para mí. Para mí que, incluso, si lo pienso bien y soy sincera, tal vez ni siquiera me merezca tener una orquídea en mi casa.